

## Invasión norte-americana.

Dice S. S. en la página 29: "El 14 de Septiembre tuvo efecto la llegada de Santa-Anna á México."

Antes de anunciar la llegada de Santa-Anna á la capital, debió decir S. S. que el ex-Dictador había desembarcado en Veracruz, á pesar del bloqueo, merced á una orden-permisso del Ministerio de Marina norte-americano, concebida en estos términos:

"Departamento de Marina de los Estados Unidos.—Mayo 13 de 1846.—Comodoro: Si Santa-Anna procurase entrar en los puertos mejicanos le permitirá vd. pasar libremente.

De vd. respetuosamente.—*Jorge Bancroft.*"

"El general Santa-Anna — dice S. S. en la página 30 refiriéndose á la batalla de la Angostura — frente al general americano se empeñó en forzar el paso, lanzando sus columnas al lugar más fuertemente defendido por las tropas contrarias; se preparó, sin embargo, mandando ocupar en la tarde un cerro de la derecha de su frente, donde se obligó á retroceder á dos regimientos enemigos."

La tarde del 22 no hubo más combate que el referido en esas últimas palabras; y en consecuencia, Santa-Anna ni trató de forzar el paso ni lanzó con ese objeto sus columnas. En cuanto á la batalla del 23, toda ella se desarrolló sobre nuestra derecha y sus distintos combates no obedecieron á plan alguno determinado por Santa-Anna. No puede decirse que el Generalísimo mejicano intentó "forzar el paso"; pues, cuando en las peripecias del combate, los cuerpos ligeros y los coraceros, rebasando las líneas enemigas por su extrema izquierda, llegaron á la altura de Buena Vista, el paso estaba ya forzado y todo el ejército, siguiendo el movimiento de los ligeros, pudo

pasar á retaguardia del enemigo, burlando la fuerte posición de la Angostura, situada en el centro del campo contrario y defendida por la batería del Capitán Washington. En vez de hacerlo así, Santa-Anna dejó á los cuerpos ligeros abandonados á sus propios esfuerzos, sin lanzar en su auxilio á las reservas, y dichos cuerpos tuvieron que trabar un nuevo combate para regresar á nuestra línea de batalla, evitando de este modo quedar cortados del grueso del ejército. De tal manera habían nuestras tropas rebasado las líneas enemigas, que los coraceros, pasando por atrás de Buena Vista, dieron la vuelta en redondo al campo de Taylor, y, desprendidos de nuestra extrema derecha, volvieron á nuestro campo por la extrema izquierda. Si no puede decirse que Santa-Anna intentó forzar el paso, menos puede decirse que se empeñó en ello, y menos todavía que se empeñó en forzarlo "por el lugar más fuertemente defendido"; pues en el paso de la Angostura, que es ese lugar, no hubo combate ninguno. Por eso los norte-americanos, con más precisión en este caso que nosotros, no la llaman batalla de la Angostura sino batalla de Buena Vista. (1)

\*

Ya con motivo de Cerro-Gordo, dice S. S. en la página 32: "El 11 de Abril comenzó la lucha, y los combates se sucedieron sin interrupción hasta el 18, en que las fuerzas mexicanas quedaron derrotadas."

El 11 de Abril llegó el General Twiggs á Plan del Río y al aproximarse su vanguardia, se retiró de allí una fuerza nues-

(1) Coronel Balbontín—"La Invasión americana"—pág. 80: "Por el camino cubriendo la izquierda de la batalla una columna H, compuesta de Zapadores y otros dos batallones, al mando del Coronel de Ingenieros Don Santiago Blanco; pero no pudiendo desplegar en lugar tan encajonado, ni sufrir en la inacción el fuego de la batería enemiga I, tuvo el Coronel Blanco que mandar variar de dirección á la columna y coronar la loma que estaba á su derecha donde el combate se había empeñado fuertemente". Pág. 83: "La columna de la izquierda—de las dos de caballería—encajonada y batida por la batería I, no pudo continuar por el camino real. Varió de dirección á la derecha y pasando por retaguardia de la primera línea..." Como se ve, en las dos ocasiones en que se intentó atacar el "paso de la Angostura" tuvo que prescindirse de hacerlo. El Sr. Balbontín fué uno de los combatientes de la Angostura.

tra de observación; el 12 hizo Twiggs un reconocimiento sobre Cerro-Gordo, recibiendo el fuego de nuestras baterías de la derecha, y dispuso el ataque para el día siguiente; el 13 lo aplazó para el 14 á pedimento de los jefes de los cuerpos de voluntarios, por el extremo cansancio de éstos; el 14 lo aplazó de nuevo por orden de Scott, que previno se le esperase; el 17 por la tarde empezó la batalla; y el 18 por la mañana terminó con la completa derrota de nuestras fuerzas. Resulta de aquí que "los combates que se sucedieron sin interrupción de 11 al 18 de Abril" se han de haber efectuado en la imaginación de S. S.

\*

Unas cuantas líneas más abajo y aún con referencia á Cerro-Gordo, dice S. S.: "Santa-Anna salvó unos 2,600 hombres; pasó con ellos por Puebla y llegó á México, haciéndose luego cargo de la Presidencia."

En la derrota de Cerro-Gordo, Santa-Anna no salvó más que su persona y, si se quiere, las del pequeño grupo de ayudantes y oficiales que le acompañaron en su huída del campo de batalla á Orizaba. Allí se encontró con la brigada León que venía de Oajaca, y que no puede ser considerada como salva-da por Santa-Anna; allí se le fueron reuniendo los dispersos de Cerro-Gordo, que llegaban á la desbandada, los cuales se salvaron á sí mismos, evitando caer prisioneros, pero no fueron salvados por ninguna disposición de su General en Jefe.

Santa-Anna abandonó á Orizaba porque dijo que era indecoroso permanecer en la inacción; y, en vez de atacar al enemigo ó de defender á Puebla, pasó por ella, con la brigada León, con los dispersos de Cerro-Gordo nuevamente reunidos y con la caballería de Canalizo, salvada en aquella derrota por la premura con que abandonó el campo de batalla; pasó por Puebla con ellos, como dice S. S., aunque omitiendo la anterior explicación.

\*

Todavía en la misma página, pero, ya con referencia á Padierna, dice S. S.: "El general Valencia, con su división, des-

atendió las órdenes de la plaza y el 19 se situó en Padierna, con objeto de batir aislado al americano, que no se hizo esperar."

Prescindiendo de la impropiedad de llamar "órdenes de la plaza" á las órdenes del General-Presidente, dictadas en Coyoacán y comunicadas por conducto del Ministro de la Guerra; y considerándolas como órdenes del jefe superior de las armas, resulta que Valencia no las desatendió, sino que hizo, á este respecto, observaciones, que fueron atendidas por el Presidente Generalísimo, quien oficialmente, en despacho firmado por el Gral. Alcorta, Ministro de la Guerra, Autorizó á Valencia á permanecer en Padierna y á combatir allí, puesto que no se le mandó replegarse, si el enemigo intentaba batirlo.

Ya en mis "Rectificaciones" sobre el *patriotismo* del Gral. Santa-Anna hice notar que en la comunicación oficial del Ministro de la Guerra, se decía "el ciudadano presidente no puede manifestarse indiferente á las razones vertidas por V. E. porque en su patriotismo y conciencia militar no se considera inferior á la de todo otro mejicano: por esto pues conviene en que V. permanezca en la actual posición que ocupa, etc."; que en la carta particular de Santa-Anna á Valencia, se encuentran estas palabras: "al establecerse un problema, no quiero que se resuelva en mengua de mi patriotismo"; y que estos conceptos son dos preciosas confesiones, escapadas á Santa-Anna, de que la conducta de Valencia al hacer observaciones á la orden de replegarse á Coyoacán, adelantando su artillería á Churubusco, fué debida á sentimientos de patriotismo.

Tampoco es exacto que "Valencia—como dice S. S.—se situó en Padierna con objeto de batir aisladamente al americano". Muy claramente dijo Valencia en su oficio á Santa-Anna que, si Scott atacaba á San Antonio, él caería sobre la retaguardia enemiga, y que, *si él era el atacado, esperaba primero el auxilio de la brigada Pérez y después el del mismo Santa-Anna*. Además, apenas supo que el enemigo avanzaba sobre Padierna, despachó, uno tras de otro, á cuatro de sus ayudantes para que comunicaran al Cuartel-general dicho movimiento, y ordenó al Gral. Pérez, que se hallaba en Coyoacán, que se moviera inmediatamente en su auxilio. Orden que no fué cumplimentada por el Gral. Pérez; porque, á su consulta de si seguía recibiendo órdenes de Valencia, se le previno que sola-

mente obedeciera las del Cuartel-general. Si Valencia contaba con ser auxiliado, si pedía oportunamente auxilios, y si ordenaba al Gral. Pérez que se le incorporase en Padierna, mal puede decirse que "su objeto era batir aislado al americano". Nó, el objeto de Valencia, muy claramente expresado en su oficio de observaciones, era el de cubrir las bocas del Pedregal para evitar que el invasor encontrase una ruta abierta y sin defensa por donde podría llegar fácilmente hasta las mismas puertas de la capital.

\*  
*"Las rebeldías del Gral. Valencia—dice S. S., unas cuantas líneas más abajo—fueron la causa del desastre de Padierna, pero la conducta de ese jefe al provocar una lucha desigual en alto grado, no disculpa á Santa-Anna que pudo protegerlo con toda oportunidad cuando el enemigo no había unido sus fuerzas todavía."*

Ese plural de "rebeldías" parece indicar que S. S. se refiere también al hecho no mencionado, sin embargo, por él, de haberse negado Valencia á obedecer la orden de abandonar á Padierna, clavando su artillería y retirándose cómo y por donde pudiera. Acabamos de ver que en el hecho de presentar batalla en Padierna no hubo rebeldía de parte de Valencia; en desobedecer la orden de retirada sí la hubo; pero en ésta estuvieron de acuerdo todos los jefes del Ejército del Norte, indignados por la conducta de Santa-Anna y por una orden que, equivaliendo á la perdición de dicho ejército, juzgaron contraria al honor militar y á los sagrados intereses de la Patria.

En mi citado estudio sobre Santa-Anna, dije, á este respecto, lo siguiente: "Si á esos antecedentes—los de la indignación que produjo dicha orden,—añadimos la sospecha de que el Gral. Santa-Anna traicionaba á la Patria; sospecha sembrada en Tula de Tamaulipas, en el ánimo de Valencia, por la orden inconcebible de no hostilizar al enemigo, ni siquiera por medio de guerrillas; sospecha brotada en Chimalhuacán al ver que se dejaba salir de Ayotla, para incorporarse con Scott, á la división Twiggs, cuando podía haber sido cercada y fácilmente capturada por los veinte mil hombres que tenía sobre sí; sospecha crecida en Sn. Angel al ver que se dejaba al invasor atravesar

impunemente de Chalco á Tlálpam y que se pretendía dejarle el paso franco para que llegase hasta las puertas de la capital; sospecha, en fin, exuberante en Padierna al contemplar el abandono criminal de Santa-Anna, se comprenderá, si es que no se disculpa francamente, la insubordinación, la desobediencia—que aquí sí la hubo—del General en Jefe del Ejército del Norte."

Para demostrar el error de S. S. de que "el desastre de Padierna se debió á las rebeldías del Gral. Valencia" no haré hincapié en lo disculpable de la insubordinación de Valencia, sino que admitiré lisa y llanamente su rebeldía de la noche del 19, única que puede imputársele. Ahora bien, si el Gral. Santa-Anna pudo y debió derrotar á los americanos en Padierna la tarde del 19, es claro que el desastre no tuvo por causa una rebeldía posterior á esa tarde, sino á la falta de cumplimiento, por parte de Santa-Anna, de sus deberes de mejicano y de general en jefe.

S. S. conviene en que Santa-Anna pudo auxiliar oportunamente á Valencia; y, si se fija en las condiciones en que pudo darse ese auxilio, convendrá también en que Santa-Anna pudo derrotar fácilmente á los americanos la citada tarde del 19 de Agosto de 1847.

En comprobación de este último aserto copio estas palabras de mi ya citado "estudio": "pero sea de esto lo que fuese, débase al cálculo ó á la casualidad—me refería á la circunstancia de haber caído los americanos en una trampa—el hecho cierto, indudable, indiscutible, intergiversable es que, cuando Santa-Anna desplegó su batalla, los americanos se hallaban en situación desesperada. Dominados, como ya dijimos, por las baterías de la Loma del Toro; atacados por fuerzas superiores en número; teniendo á su frente á Valencia y á su espalda á Santa-Anna; desprovistos de artillería y caballería; sin retirada posible, puesto que tendría que efectuarse uno á uno, bajo nuestros fuegos; sin auxilio posible, puesto que también lo recibiría de uno en uno, forma impracticable, tanto por la facilidad de impedirlo cuanto por lo tardío de su ejecución; cogidos en una verdadera trampa, las brigadas de Riley y de Smith habrían tenido que sucumbir en un combate desigual ó que rendir sus armas en una obligada capitulación.

"Para consumir la ruina de Riley y de Smith bastaba tan só-

Padierna

CAPITULO ALFONSO  
 CAPITULO ALFONSO

lo con que el Gral. Santa-Anna cumpliera con su deber de soldado; pero lejos de ésto, por un hecho que Valencia ha calificado de "inconcebible", Santa-Anna permaneció de frío espectador de los acontecimientos; y, en vez de atacar á los americanos, se encaramó á lo más alto del Olivar de los Carmelitas para contemplar mejor la crítica situación en que dejaría á Valencia al abandonarlo, quitándole hasta la esperanza del auxilio."

Como se ve, Valencia provocó "una lucha desigual en alto grado", pero en la cual la ventaja estaba de nuestra parte; y fué Santa-Anna, con su criminal abandono, quien dejando engrosar las fuerzas enemigas y que éstas envolvieran la posición de Valencia, tornó en favor de Scott la tremenda desigualdad de la lucha. En consecuencia—como ya dije—el desastre de Padierna se debió á la traición del Gral. Santa-Anna, no á la rebeldía del Gral. Valencia.

\*

Ya al terminar la misma página, dice S. S.: "El puente y convento de Churubusco quedaron flanqueados desde que de Padierna tomaron los americanos sin obstáculo el camino de la Capital."

Efectivamente, el puente y convento de Churubusco quedaron flanqueados desde que Scott, merced á su victoria de Padierna y al repliegue de Santa-Anna, bajó por Sn. Angel á Coyoacán, sin que el Generalísimo mejicano le cerrara el paso, como pudo y debió hacerlo en el puente de Sn. Antonio, apoyándose á la vez en Panzacola y en el Altillo, para detener el avance del invasor sobre Churubusco ó sobre Méjico, según intentase seguir de frente por Coyoacán ó doblar á la izquierda por el camino del Niño Perdido. En lo que está equivocado S. S. es en decir que "tomaron los americanos sin obstáculo el camino de la capital". Los americanos podían haber tomado sin encontrar obstáculo alguno varios caminos de Sn. Angel á la capital. Por Mixcoac, Tacubaya y las calzadas interiores de la Condesa; por Mixcoac, Sn. Borja y la Piedad; ó por Chimalistac, el Mayorazgo y Nalvarte, pudo el invasor llegar sin tropiezo hasta las garitas de Belem ó del Niño Perdido; pero no lo hizo así, no tomó el camino de la capital, sino el de Chu-

rubusco, para ir á asaltar, sin necesidad, una posición inútil para la defensa de la ciudad de Méjico, sacrificando buen número de gente, cuando debía economizar la sangre de sus soldados, ya que su efectivo, aun después de la derrota del Ejército del Norte, era inferior al que quedaba bajo las órdenes de Santa-Anna. El asalto de Churubusco, tan inútil como sangriento, tiene por única explicación racional el deseo de Scott de cumplir su compromiso con Santa-Anna—estipulado en las negociaciones secretas tenidas por ambos Generalísimos—llenando al pie de la letra las indicaciones dadas por este último para que fuese invadido el Valle, amenazada la capital y tomada una de nuestras posiciones fortificadas. El silencio guardado por S. S., sobre las mencionadas negociaciones secretas, es una de las principales omisiones de su "Reseña Histórica." (1)

\*

"A todos los combates parciales—dice S. S. en la página 34, refiriéndose al asalto de Chapultepec—habían concurrido los jóvenes alumnos del Colegio Militar, que se distinguieron por su entusiasmo; y asistían ya á la postrimer defensa, que ya sin esperanza de triunfar se hacía."

Los jóvenes alumnos del Colegio Militar se distinguieron tanto por su patriótico entusiasmo que, el 8 de Septiembre, al

(1) En 1853, el Dictador Santa-Anna dió un decreto derogando el dado en Querétaro por el Congreso, en 1847, en que se declaraba que habían merecido bien de la Patria los defensores del convento de Churubusco, y prohibiendo la conmemoración de fecha tan gloriosa. El Presidente Comonfort no se limitó á declarar nula la disposición de Santa-Anna, sino que fué en persona á conmemorar en Churubusco, el 20 de Agosto de 1856, la heroica defensa de los *Guardias Nacionales* del Distrito Federal. Siguiéron tan patriótica conducta los Presidentes Juárez y Lerdo, y hasta 1899 siempre concurrió á Churubusco, el 20 de Agosto de cada año, una columna militar en debido homenaje á la conmemoración de aquella heroica defensa; pero, desde que el Gral. Reyes se hizo cargo del Ministerio de la Guerra se acata, de hecho, la injusta disposición de su Alteza Serenísima, pues se ha suprimido el envío á Churubusco de la columna militar. Ultimamente ha sido restablecida la costumbre del envío de la columna militar de referencia; pero el Gral Díaz no asiste, como los Presidentes Juárez y Lerdo, á tan patriótica conmemoración.

presenciar desde Chapultepec la batalla de Molino del Rey, pidieron á su Director, aunque inútilmente, que les permitiese participar de los peligros y de la gloria del ejército. El día del asalto del Castillo fueron situados, por orden del Gral. Bravo, en el mirador que ve hacia la capital, y allí permanecieron hasta que, tomados los parapetos del Castillo, se les mandó que bajasen al jardín para que se pusieran en salvo, incorporándose á la reserva. No pudieron los alumnos, situados en el mirador del Castillo, concurrir á todos los combates parciales de la defensa de Chapultepec. No pudieron concurrir ni á la defensa del hornabeque, ni á la de las tapias del bosque, ni á la de la glorieta de las rampas, ni á la de los parapetos del Castillo. Hicieron, é hicieron espontáneamente, la postrimer defensa, como dice S. S., cuando ya se había perdido la esperanza del triunfo.

Como un homenaje á los heroicos alumnos del Colegio Militar, voy á reproducir la narración que hice de su comportamiento en el asalto de Chapultepec: narración escrita después de cotejar y analizar lo referido por Santa-Anna y Bravo en sus respectivos partes; por los autores de los "Apuntes para la Historia de la Guerra" y por el Sr. Roa-Bárcena en sus respectivas Historias; y atendiendo además á los muy interesantes datos que, de viva voz, me proporcionó uno de aquellos valientes alumnos: mi antiguo y respetado maestro Dn. Ignacio Molina.

"A la hora del asalto, los alumnos á quienes no habían logrado desmoralizar ni la deserción de las tropas, ni el espantoso espectáculo de los muertos y heridos amontonados á su vista en las piezas del Mirador, los alumnos esperaban en vano que se les llamara en refuerzo de los soldados; y cuando, bajo sus ojos, la columna izquierda de Quitman comenzó á escalar el cerro, se estremecieron de coraje y de indignación. El capitán Domingo de Alvarado, que los mandaba, ordenó su formación é hiriendo con elocuencia las nobles fibras del patriotismo y del honor convirtió á aquellos niños en héroes dispuestos á sacrificarse por la Patria: entonces fué cuando los cadetes respondieron con sus descargas á los gritos de victoria de los asaltantes.

"El Gral. Bravo, deseando salvar á los alumnos, ordena que bajen al jardín para que puedan retirarse con facilidad. Un

ayudante transmite la orden lacónicamente y Alvarado, creyendo indecoroso abandonar el puesto del peligro, en vez de obedecerla, ordena á los cadetes que sigan haciendo fuego al invasor. Otro ayudante repite la orden de Bravo, y Alvarado titubea, no ante la responsabilidad real, sino ante la responsabilidad moral que contrae con las familias de aquellos niños, las que tal vez lo culparán de haberlos sacrificado. Aparece entonces un jefe é intima á Alvarado que cumpla la orden recibida, éste se decide á obedecer, é Ignacio Molina—que ha opinado resueltamente que no se debe obedecer una orden contraria al patriotismo y al honor—pide á su capitán que le permita permanecer en el Mirador. Alvarado consiente, y un pequeño grupo de alumnos sigue el ejemplo de Molina, que pocos días antes, al acercarse el peligro, había sido habilitado de Sargento 1º Mientras los unos bajan, Molina trata de conducir á los otros á la azotea, recordando que era el punto designado por el Director, para que lo defendiesen los alumnos; pero es ya tarde, los americanos se han apoderado de la azotea y comienzan á bajar por las escaleras que la comunican con las piezas del Mirador. Los cadetes se dividen para hacer fuego desde las piezas contiguas. Melgar tiene la gloria de haber hecho el último disparo en defensa del Castillo. Molina y el grupo que le sigue han ido á dar á una estancia convertida en enfermería y ven coartada su libertad de acción por las exhortaciones de los heridos, quienes juzgan que agravará su suerte, una resistencia desesperada é inútil. Llegan los asaltantes; los heridos entregan sus espadas; Molina, furioso, estrella su fusil contra el pavimento, para no rendirlo al enemigo; los otros cadetes siguen su ejemplo, y el castillo queda por completo en poder de los invasores. .... Y mientras tanto, allá en el hornabeque, reparando los parapetos bajo una lluvia de metralla, sucumbe con gloria un joven Teniente de Ingenieros. Es Juan de la Barrera, el ex-alumno que acaba de abandonar las aulas ansioso de batirse, y á quien la suerte lleva á morir por la Patria, al lado de sus mismos condiscípulos, en el Colegio Militar!" (1)

(1) D. Juan de la Barrera é Inzaurruga era primo hermano de mi padre. Aunque ya pertenecía al Ejército, el Colegio Militar lo enumera entre sus propias glorias, y su nombre figura á la cabeza de los alumnos

Mucho figura  
ra Molina  
en la his-  
toria hecha  
por el...

Chapultepec

CAPITULO ALFONSO

\*

En la misma página 34, dice S. S.: "Santa-Anna, con batallones de reserva se avistó en las inmediaciones del bosque, cuando el castillo era tomado, y se retiró."

Santa-Anna hizo pernoctar el 12 de Septiembre á varios de sus batallones de reserva en la Casa Colorada á inmediaciones de Chapultepec. El 13, muy temprano, antes de que comenzara el asalto y, por tanto, mucho antes de que el Castillo fuera tomado, aumentó á cuatro mil hombres el efectivo de su reserva, la tendió á lo largo del acueducto, envió por todo auxilio á Bravo, cuando le había ofrecido dos mil hombres, únicamente al batallón de Sn. Blas, privado de su compañía de granaderos; y permaneció inactivo mientras que Xicotencatl, á la cabeza del batallón de Sn. Blas, no teniendo tiempo para llegar al Castillo, se sacrificaba heroicamente con sus soldados en la glorieta de las rampas, cerrando el paso por ella al invasor; mientras eran tomados los parapetos del Castillo, y mientras efectuaban los alumnos su gloriosa y desesperada resistencia.

\*

"No se sabe—dice S. S. en la página 35, á propósito del alzamiento del pueblo de la capital contra la ocupación militar

que, en Chapultepec, murieron por la Patria. Esto se debe, probablemente, á que, al dejar de ser alumno, siguió al lado del Gral. Monterde, Director del Colegio, preparando las obras defensivas ideadas por el citado jefe. El Sr. Peza en un artículo publicado el 8 de Septiembre próximo pasado, al que denomina "Relato auténtico", omite mencionar el nombre de Juan de la Barrera: en cambio, hace aparecer como muerto en la defensa de Chapultepec al Gral. León, que, herido mortalmente en Molino del Rey, vino á expirar en Méjico; hace morir á Xicotencatl en el lugar que hoy ocupa la Estación de los Ferrocarriles del Distrito; hace entrar á los americanos al bosque por la puerta, no por las brechas que abriera su artillería; hace reconquistar las trincheras, donde dice que murió Xicotencatl, á una masa del pueblo capitaneada por un fraile; hace, en fin, aparecer como modelo de pundonor á un oficial que se rehusa á obedecer una orden que le previene bajar con los alumnos á defender la mencionada puerta, que se halla en peligro de caer en manos del enemigo—en esto debe haber una errata magna—y hace también aparecer en los labios de quienes leen el "Relato auténtico", la irónica frase de Voltaire: "Así se escribe la Historia."

americana—que alguien encabezara *aquel motín*, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante."

El noble, el generoso, el patriótico alzamiento del pueblo mejicano contra el infamante yugo del invasor no puede ser calificado con el epíteto despreciativo de "motín". Para que un alzamiento sea motín es preciso que se dirija contra una *autoridad legítima*, y el Gral. Scott, adueñado de la ciudad por el cobarde abandono del Gral. Santa-Anna, no puede ser considerado como una autoridad legítima. Jamás leerá S. S. en ninguna obra histórica española que se llame despreciativamente "motín" al glorioso levantamiento del 2 de Mayo. (1)

El Código Penal califica al motín de delito. S. S. que ha sido Gobernador de un Estado no puede ignorarlo. En consecuencia, el noble, el generoso, el patriótico alzamiento del pueblo de la capital contra la imposición del yugo extranjero fué, para S. S., delictuoso. *i C'est trop fort!* como dicen los franceses.

\*

Voy ahora á mencionar las notables omisiones de que adolece la "Reseña Histórica" en lo referente á la invasión americana. A las omisiones ya anotadas, relativas á la orden—permiso del Ministro de Marina Bancroft y á las negociaciones secretas habidas entre Santa-Anna y Scott, hay que añadir las siguientes: no menciona S. S. la orden dada por Santa-Anna á Valencia para que no hostilizara en el tránsito de Monterey á Tampico á la columna de Quitmán, ni siquiera en sus trenes y bagajes, y por medio de simples guerrillas; tampoco menciona S. S. que Santa-Anna destituyó del mando de las tropas á Valencia y á Parrodi, al primero por temor de que no acatase la orden arriba mencionada y al segundo porque no abandonó á Tampico con la precipitación deseada por el Generalísimo. No refiere S. S. que Santa-Anna no trató siquiera de detener el avance del enemigo en la carretera de Puebla á Méjico, donde había muchos parajes que se prestaban admirablemen-

(1) "Diccionario de la Lengua Castellana."—"Motín. m. Tumulto, movimiento ó levantamiento del pueblo ú otra multitud contra la *autoridad ó contra quien legítimamente manda ó gobierna.*"

te para entorpecer la marcha del invasor y causarle con facilidad pérdidas de consideración; tampoco refiere S. S. que Santa-Anna, mientras fortificaba el Peñón con verdadero lujo de cañones y parapetos, dejaba completamente indefenso el camino de Chalco á Tlálpam, lo que permitió á Scott esquivar las posiciones fortificadas de nuestra primera línea de defensa. No relata S. S. que Santa-Anna dejó efectuar á Scott tranquilamente una marcha peligrosísima de veintisiete millas, por un sendero angosto y escabroso, flanqueado á su derecha por los lagos y á su izquierda por abruptas montañas, desde cuyas cumbres podía hostilizarlo impunemente por medio de guerrillas conocedoras del terreno; tampoco relata S. S. que Santa-Anna pudo, durante esa marcha de Scott, destruir ó capturar en Ayotla la división rezagada de Twiggs y en Tlálpam la división adelantada de Worth, las cuales no podían ser auxiliadas oportunamente por el grueso del ejército americano, internado con su inmenso y estorboso tren de 700 carros y 500 mulas en un sendero escabroso y angosto. No marca S. S. que Santa-Anna, al ir á ofrecer batalla á los americanos en la Loma del Rey, no nombró, como debía haberlo hecho, un segundo en jefe de las tropas destinadas á batir al enemigo; tampoco marca S. S. que Santa-Anna al desbaratar su línea de batalla, al anochece del 7 de Septiembre, dejó de nombrar un jefe que le substituyera; quedando, en consecuencia, sin cabeza y sin dirección las tropas que debían resistir á la mañana siguiente el empuje del enemigo. No dice S. S. que Santa-Anna reunió una Junta de Guerra en la Ciudadela, la noche del 13 de Septiembre, con objeto de encubrir su resolución de abandonar la capital, con la determinación de una Junta formada con jefes incapaces de contrariar la menor de sus indicaciones; tampoco dice S. S. que en dicha Junta el Gobernador del Estado de Méjico, Dn. Francisco Modesto de Olaguíbel,—á quien fué preciso citar á la Junta por hallarse casualmente á esa hora en la Ciudadela con las fuerzas de su Estado—indicó que le parecía que asunto tan grave debía resolverse por una Junta á la que asistieran los Ministros y mayor número de Generales, por lo que creía conveniente aplazar para el siguiente día tan importante resolución; y que, entonces, Santa-Anna por sí y ante sí, sin esperar la resolución de la Junta, dijo: “Yo determino que se evacue esta misma noche la ciudad.” No se

ñala S. S. las circunstancias que obligaron á Dn. Manuel de la Peña y Peña á hacerse cargo de la Presidencia por ministerio de la Ley; es decir, no señala S. S. la renuncia de Santa-Anna, ni la designación de un triunvirato que lo substituyera en el poder, designación declarada anti-constitucional por el Presidente de la Corte, quien asumió el carácter de Presidente de la República por ministerio de la Ley; tampoco señala S. S. que Santa-Anna trató de desobedecer al nuevo Gobierno Constitucional amenazando con volver á encargarse de la Presidencia, facultad que le fué negada, naturalmente, por el Presidente Interino. No hace saber, por último, S. S. que Santa-Anna fué acusado de traición á la Patria, ante el Congreso, por el diputado Gamboa, ni que el acusado tardó más de año y cinco meses en remitir á la Sección del Gran Jurado el informe que ésta le pidió; tampoco hace saber S. S. que Santa-Anna no fué absuelto, pues toda su influencia la empleó en que no se viera ante el Gran Jurado su causa, cuyo expediente hizo desaparecer en 1853, pues no se encuentra ni en el Archivo de la Cámara ni en el Archivo General de la Nación. (1)

(1) Véanse para mayores detalles mis “Rectificaciones” referente al falso patriotismo de Santa-Anna.

CAPILLA ALFONSO X  
PRINCIPAL DE LA CATEDRAL